



Capítulo 245

La Tierra De La Ira

En el continente demoníaco de Samael, hay una región que se sabe que es particularmente dura y hostil.

La tierra de la ira es un dominio infernal, donde la muerte y la conquista aguardan en cada paso posible.

Tanto el cielo arriba como la tierra abajo, han sido teñidos permanentemente de rojo por la sangre de innumerables hombres, mujeres y niños.

Aparte de la sala del trono del rey dragón, este es el lugar más temido de todo Dola.

Sólo los tontos o los belicosos eligen venir a este lugar por su propia voluntad, ya que aquí sólo hay dos leyes.

1. Los seres humanos deben ser asesinados inmediatamente y sin excepción alguna.
2. La fuerza hace el derecho.

¿Tu tienda fue saqueada y todos tus trabajadores fueron asesinados frente a tus narices?

Bueno.

¿Algunos hombres irrumpieron en su casa y violaron a su esposa e hijas mientras te obligaban a mirar?

Mala mierda.

Al final, esas tragedias serían vistas como culpa tuya, ya que claramente carecías del poder necesario para proteger lo que valorabas.

En la tierra de la ira, los débiles no solo son pisoteados, sino que son molidos hasta convertirlos en tierra y destrozados mental y físicamente.

El rey de la avaricia dejó escapar un suspiro audible, mientras miraba por la ventana de su carruaje negro y dorado.



Siempre le molestaba venir al territorio de su hermano mayor, pues encontraba su forma de vida desagradable y bárbara.

¿Por qué perder el tiempo en guerras y derramamiento de sangre cuando hay tanto dinero por ganar en el mundo?

En lo que a él respectaba, el único momento en que matar, tenía un propósito vital, era para proteger la riqueza que ya se tenía o para adquirir más.

No era algo que se pudiera hacer tan a la ligera como su hermano Wrath parecía pensar.

"Es un completo desperdicio... no me extraña que estemos en un punto muerto con los humanos", murmuró Mammon.

Apenas había entrado en la tierra de la ira, y ya podía ver peleas en las calles, en las que participaban entre 5 y 20 personas.

Este lugar estaba lejos de ser hermoso, ya que la arquitectura todavía estaba en gran parte subdesarrollada, debido a la constante destrucción de carreteras, edificios y casas.

Los únicos lugares que parecían ir bastante bien y prosperar eran unos pocos bares y posadas de mala muerte, ya que eran propiedad de alguien poderoso o estaban protegidos por alguien que lo era.

En las calles, los demonios estaban cesando sus ruidosas actividades cuando vieron un carruaje siendo arrastrado por el camino roto, y un destello de codicia brilló en sus ojos.

Aunque a Mammon le gustaba esa mirada, solo la disfrutaba cuando se la dirigía a otros y no cuando estaba dirigida a él.

¡Crack!

¡Bang!

Con un chasquido casual de sus dedos, Mammon manipuló la tierra debajo de los demonios ignorantes.

Enormes pilares de tierra con púas atravesaron los cuerpos de los demonios sin darles siquiera un segundo para saber cómo murieron.

20 demonios habían muerto en un instante, y Mammon decidió dejar sus cuerpos como estaban ya que esta carnicería tenía la sensación de una obra de arte de vanguardia.



'Satanás debería agradecerme... He hecho que su dominio parezca un poco menos un lugar de mierda.'

Aunque los señores demonios practicaban una neutralidad total, eso no se aplicaba totalmente al pecado de la ira.

Y esto fue por la única razón de que... realmente no le importaba lo que les pasara a los demonios debajo de él.

Si eran lo suficientemente débiles para ser asesinados, entonces eso era todo.

Lo único que le importaba a Satanás era su propia matanza y derramamiento de sangre, y tenía poco o ningún interés en la de los demás.

Pronto el carruaje del señor demonio se detuvo justo frente a, lo que parecía ser, un coliseo absolutamente enorme.

Este lugar puede parecer un campo de batalla de gladiadores, pero en realidad era más que eso.

Era el castillo, santuario e iglesia del pecado de la ira, y prácticamente nunca lo abandonaba.

Día tras día, mes tras mes, año tras año, se entregó a batallas sin fin contra miles de sus ciudadanos más poderosos.

Pero sólo por hoy, el coliseo había sido cerrado al público, y era aquí donde se celebraría el encuentro entre los pecadores.

"Vamos."

""Sí.""

Mammon descendió de su carruaje, seguido por dos de sus generales, Belial y Mulciber.

Los tres subieron los escalones de piedra ensangrentados y entraron al coliseo, donde encontraron un campo de batalla rojo que estaba lleno de armas rotas y huesos.

En el centro de esta gran estructura, había siete tronos de piedra, dispuestos en círculo, con otros cuatro señores demonios ya presentes.



Tres de ellos tenían dos generales detrás de ellos, y todos parecían analizarse cuidadosamente como si estuvieran anticipando un conflicto.

El único que no tenía séquito era Lucifer, el pecado del orgullo, pues consideraba el acto de traer a otros como un signo de debilidad.

—¡Bienvenido a mi casa, regordete avaro! —dijo Satanás con voz burlona—. ¡Esperaba que fueras el último en aparecer!

La mirada de Mammon se detuvo en el demonio de cabello naranja, solo por un segundo, antes de mirar a sus otros hermanos.

"Así que nuestro sobrino menor aún no ha aparecido, ¿eh? Pensé que sería el primero en llegar, después de sentir lo que es morir por primera vez".

Belphegor y Leviatán se miraron, pero no dijeron nada, sin duda porque sabían que ninguno de sus hermanos creería lo que habían visto.

En unos momentos, de todos modos, lo verían por sí mismos.

"...¿Lo vieron todos?" preguntó de repente Satanás.

Nadie necesitaba preguntar de qué estaba hablando, porque sólo había una respuesta posible.

Todos asintieron solemnemente y Satanás apretó los puños mientras se sentaba en su trono de piedra.

"Uno de los dioses dragón aparece de repente, justo después de que muera Beelzebub... eso no puede ser una coincidencia.

¡Y luego de esa explosión que destruyó por completo su dominio, creo que los humanos pueden haber entrado en posesión de una nueva y peligrosa arma!

—¡Ja! —Mammon se rió con ganas y señaló a su hermano como si fuera una especie de broma.

"¿Crees que este mundo remoto tiene un método para contactar a uno de los seres divinos más poderosos de la creación? ¡El pecado de la ira claramente ha comenzado a devorar tu mente ya débil!"



—La mayoría de los dioses dragón son completamente neutrales — le recordó Lucifer—. Y los que no lo son desprecian a los humanos incluso más que a nosotros.

"Bien..." se quejó Satanás, mientras pasaba sus manos por su cabello naranja intenso.

"Entonces, ¿qué pudo haber llamado la atención de semejante monstruosidad? ¿Y por qué se mostró tan inflexible a la hora de descender a este mundo de entrenamiento?"

Ninguno de los pecados tenía respuesta, y parecía que se volverían locos por no saberlo.

Pero de repente, empezaron a sentir algo en el aire que los rodeaba. Miedo.

No provenía de ellos, sino que emanaba de cada demonio en la tierra de la ira y se unían para crear una nube de desesperación sobre la ciudad.

—Le tomó bastante tiempo... —se quejó Belphegor.

Sus ojos se volvieron hacia el cielo y escucharon atentamente mientras el sonido de los aleteos se hacía cada vez más fuerte.

El cielo se oscureció de repente, cuando apareció a la vista un enorme dragón con forma de serpiente y cuatro cabezas.

Tan pronto como sus ojos se posaron en el rey rojo, en su monstruosa forma dracónica, supieron inmediatamente lo que había hecho.

Pero aún así, no podían creerlo.

Satanás: "Él... ¡ha absorbido la glotonería!"

Lucifer: "Puedo ver a ese hermano, pero... Eso no es posible..."

Satanás: "¡¿Entonces qué carajo estamos mirando?!"

Mammon: "Olvídate del pecado por ahora, ¿cómo este bastardo se ha convertido en un verdadero dragón?"

El enorme cuerpo de Abaddon comenzó a descender lentamente del cielo, y su figura se encogió hasta convertirse en una que era mucho más propicia para la conversación.



En un abrir y cerrar de ojos, el dragón se había convertido en un hombre alto, de piel bronceada y cabello rojo intenso.

Su poderoso cuerpo estaba plagado de músculos, lo que le daba un físico comparable al de Satanás y Lucifer.

Descendió lentamente hasta el suelo, aparentemente llevado únicamente por el viento mismo.

Tan pronto como su sandalia tocó la arena, fue asediado de inmediato por un aluvión de preguntas tras otra.

"Bastardo, ¿por qué tienes el pecado de la gula? "

"¿Cómo es que de repente eres un dragón verdadero? ¡Ese viejo pedorro de Antares debería ser el único en este mundo!"

"¿Cuál es tu relación... con el dios dragón que apareció de repente hace unos días?"

Abadón ignoró las preguntas de Satanás y Mammón y en cambio mantuvo un contacto visual firme con el pecado del orgullo.

"¿Interrogarme tan pronto como aparezco? Eso es bastante grosero, ¿no?"

"No somos lo suficientemente cercanos como para poder preguntar primero cómo están tu familia y tus padres".

—Razón de más para no tener que responderte en absoluto —respondió Abaddon mientras tomaba asiento en un trono vacío.

Se reclinó en la incómoda silla y cerró los ojos, luciendo tan relajado como si estuviera en casa.

La mirada de Lucifer de repente se volvió hostil y convirtió los brazos de su trono en polvo bajo su poderoso agarre.

—Harías bien en responder, hijo. Hasta ahora te he permitido guardar tus secretos, pero el tiempo para eso ha llegado a su fin.

—¿Crees que puedes obligarme? —preguntó Abaddon sin siquiera abrir los ojos.

"Estaría en todo mi derecho de hacerlo. Sobre todo, teniendo en cuenta que ya no eres uno de los siete pecados capitales".



Después de que Lucifer lanzara esa bomba, todos sus hermanos comenzaron a mirarlo como si estuviera loco.

- ¿De qué estás hablando? - preguntó Leviatán.

El pecado del orgullo miró a sus hermanos y meneó la cabeza con decepción.

"Prestad atención. Aunque el poder que posee ahora puede parecerse mucho al de nuestros homólogos, no lo es.

Los poderes que tiene ahora... son mucho más profundos que la lujuria y la gula. Tan profundos que ni siquiera yo puedo ver su fin.

De repente, los cuatro pecados restantes analizaron cuidadosamente a Abaddon y ellos también comenzaron a sentir lo que decía su hermano mayor.

Lucifer se levantó de su asiento a una altura amenazante de 7'0 y se colocó directamente sobre Abaddon.

Sus ojos dorados ardían con poder y parecía como si ya estuviera preparado para un conflicto inevitable.

"Deberías empezar a hablar mientras aún puedas, dragón. No somos lo suficientemente cercanos como para que te lo pida dos veces".

Abaddon continuó sentado ociosamente en su trono sin abrir los ojos, solo que ahora se podía ver una pequeña sonrisa en sus labios.

Lo que pensaba en ese momento, sólo él lo sabía.